

Ángeles de Irisarri

Toti Martínez de Lezea

PERLAS
PARA UN
COLLAR

Judías, moras y cristianas en la España medieval



Dos grandes escritoras de la novela histórica unen su ingenio en un apasionante retrato de la Edad Media española.

Dos autoras de renombre, Ángeles de Irisarri y Toti Martínez de Lezea, nos muestran treinta relatos protagonizados por mujeres cristianas, judías y musulmanas. Aquélla se encarga de los de cristianas, ésta de los de judías, y los diez sobre musulmanas se los han repartido a partes iguales. Entre ambas plumas —quizá las más representativas de nuestra novela histórica— recorren la época medieval española, en la cual la convivencia entre los seguidores de las tres religiones no fue en todo momento pacífica, aunque tampoco vivieron siempre enfrentados. El punto de vista femenino, desde el que se abordan estas narraciones, nos sitúa en los márgenes de la historia oficial, independientemente de la religión de sus protagonistas y de que pertenezcan a la nobleza o al pueblo llano. Un punto de vista éste que también se recrea en la vida cotidiana de entonces. El resultado es muy atrayente y muestra un vivo retrato de aquella desconocida sociedad medieval que en los reinos de España fue tan plural. Una época de la que hay mucho que aprender, tanto para imitar como para evitar.

Los treinta relatos que componen el volumen, aun reflejando una evolución de los conflictos causados en la convivencia que acabará con el sometimiento o expulsión de una parte de aquella sociedad, se leen de forma independiente.

Adosinda

Pravia (Asturias)
Año vulgar de 790

Cuando Adosinda regresó a su casa de Pravia con las ropas hechas jirones, muerta de cansancio, calada hasta los huesos y arrastrando los pies, se sorprendió pues que los habitantes se asomaron a las ventanas de sus casas y muchos, mujeres las más, salieron a la calle y la abordaron para abrazarla con cara de albricias y ofrecerle un trago de vino, pero sobre todo para preguntarle cómo había logrado escapar de los sarracenos. Y eso que llovía a cántaros.

No se asombró la moza de que lloviera, pues que el agua del cielo es connatural a aquella tierra, pero se maravilló de que hubiera hombres, mujeres y niños, todavía con la cabeza sobre los hombros y de que Pravia no hubiera sido quemada y se mantuviera tal cuál la dejó, mejor dicho, tal cual se la hicieron abandonar. Y es que, recordando la desolación que habían causado los musulmanes en las aldeas y lugares por los que pasó en su largo caminar, venía pensando que no quedaría persona viva ni casa en pie y, claro, se congratuló de ver gente. Y más que se holgó ante el cariño que le demostraron sus convecinos, aunque fue incapaz de expresarlo pues que estaba extenuada y a punto de desmayarse. Por eso no se enteró de que todos querían alojarla ni menos de que se mostraban dispuestos a

darle de comer y a proporcionarle todos los cuidados que necesitara. Y es que tenía la mente nublada y el cuerpo roto, razón por la cual tampoco advirtió que su madre —que se había quedado llorando cuando se la llevaron los soldados— no estaba entre aquella multitud, cuando, en su agonía, tanto la había echado a faltar.

Cuidados y atenciones, que le dispensó con largueza la viuda Odulona, mujer varonil que, aduciendo la proximidad de su casa, pues que la escena anterior se había desarrollado ante su puerta, se prestó a auxiliarla y los vecinos aceptaron la propuesta de que hospedara a la moza en virtud de que, según comadres lenguaraces y para envidia de muchos habitantes, tenía las despensas demasiado llenas para una persona que vivía sola.

Así las cosas, un hombre cogió en brazos a Adosinda, la entró en la casa y la depositó en una cama con plumazo mullido; la viuda y otras mujeres la desnudaron porque venía ensopada y la cubrieron con mantas para que entrara en calor.

La dueña hubiera deseado sentarla a su mesa, llenarle el vaso y servirle lo que tenía en el puchero: un buen cuenco de fabes con carne de jabalí que estaba para relamerse los dedos, y mucho más le hubiera gustado que la moza, mientras comía y alababa el guisote, le contara a ella y a los que allí estaban, pues hombres y mujeres habían llenado su vivienda, la aventura o desventura que había corrido. Lo que le hubiere sucedido o lo que hubiere padecido. Pero no, no, que la joven siquiera abrió los ojos y cayó en un pesado sueño, para descansar como una bendita hasta el siguiente día. Tal observaron los vecinos que fueron desalojando la casa, y tal constató la viuda cuantas veces fue a vigilar el estado de la doncella.

Para, cuando Adosinda despertó y se desayunó con gana un tazón de las fabes del día anterior, había habido voces en la capital del reino de Asturias y, la tarde anterior, se había personado una diputación de vecinos en el palacio

real —que había sido construido por el rey Silo y por su esposa doña Adosinda, mujer de prendas que, fallecido su marido, solía vivir con las monjas en el convento anejo a las dependencias regias, aunque en la ocasión que nos ocupa estaba ausente, visitando a su sobrino el futuro rey Alfonso II, que sería llamado el Casto—. Y, sin pedir paso a los guardias ni permiso al párroco y amenazando al sacristán, habían entrado a deshora en la iglesia de Santianes —que formaba parte del conjunto palacial y estaba dedicada a los Santos Juanes— una vez más, a increpar al rey Mauregato, a gritar ante su tumba, a escupir sobre ella y más de uno a orinarse sobre la lauda, pues que muerto estaba de meses ha. A vociferar:

- ¡Que se pudra en el Infierno!
- ¡Satanás le arranque la piel a tiras!
- ¡Que se queme, que se queme...!
- Era maldito de Dios.

Y otras decenas de maldiciones, que no son de cristianos. Pero, es que, la mayoría de los presentes tenía sus razones para desear que el rey Mauregato padeciera los castigos del Infierno durante toda la Eternidad. A ver, que, mediado febrero, había entregado a los moros a diez doncellas de Pravia y a noventa más de otras localidades asturianas y gallegas hasta completar un centenar.

Había mandado a sus soldados revisar una por una las casas de la población y, sin respetar la inviolabilidad de las moradas ni la intimidad de los moradores, sus sayones, que otra cosa no eran, habían buscado debajo de las camas y dentro de los arcones, y se habían llevado a diez doncellas, como dicho va, entre ellas a Adosinda, la única que hasta la fecha, al Señor sean dadas muchas gracias, había regresado. Por eso, la vecindad, al unísono, al recordar la terrible ofensa recibida, una vez más se había lanzado a perpetrar sacrilegio, sin que le detuviera las penas de Dios ni los castigos de los hombres y menos el enojo del obispo de Oviedo, que ya les había amenazado con la excomunión la pri-

mera vez que lo hicieron, y menos todavía la bronca que habría de echarles el sacristán, pues le dejaban perdida la iglesia. Unos, porque el rey Mauregato les había arrancado a sus propias hijas y, otros, porque se las habían quitado al compadre para entregarlas a los moros y que éstos no atacaran el reino de Asturias en primavera y dirigieran sus ejércitos hacia la Cantabria o la Bardulia. Lo que no era de guerreros, lo que no era de hombres, lo que era de traidores, de taimados, lo que no era de reyes, pues que si los monarcas tenían súbditos que les abonaban sus pechas, era para que, no sólo los defendieran de los musulmanes, sino para que atacaran a los enemigos y los vencieran, como había hecho el rey Pelayo, de grata memoria, que los había derrotado en la batalla de Covadonga.

Y eso, pues eso. Y, sin embargo, los sucesores de don Pelayo, Dios lo tenga con Él, salvo algunas excepciones eran indolentes y se negaban, o no se atrevían, a tomar las armas contra el enemigo. A ver, don Favila (hijo de don Pelayo) se había dedicado a la caza y había muerto en las fauces de un oso, en mala hora ciertamente porque, insensato, había pretendido entablar combate singular con la fiera y, sin embargo, había encontrado la muerte. Don Alfonso, el primero, el yerno de don Pelayo, pues había maridoado con su hija doña Ermesinda, fue excepción, dado que hizo guerra a los moros infringiéndoles grandes derrotas, fortificó y defendió ciudades, ocupó la ciudad de León y llegó con sus huestes hasta las tierras de Castilla y Álava y, en otro orden de cosas, reparó y levantó iglesias y liberó a los cristianos que estaban en las tierras de los musulmanes, amén de que recogió libros sagrados doquiera los encontró.

Mientras Adosinda dormía, tal explicaban dos vecinos que conocían los fechos de los reyes de Asturias, los que habían oído sus gestas de sus padres y abuelos, de sus antepasados que, después de servir en los ejércitos de don Pelayo o de don Alfonso, se habían establecido en Pravia ocupando una tierra que quedó de nadie, con el benepláci-

to de los soberanos, y levantado una aldea. Donde moraban sus descendientes, es decir, ellos, los mismos que andaban entrando y saliendo de la casa de Odulona para conocer noticias de la recién llegada, los mismos que, cuando la Corte se trasladó a aquellos predios, colaboraron en la construcción de una ciudad que no tenía parangón en el reino todo.

Escuchaban con atención tanto los que gustaban de oír historias, como los que ardían en deseos de que los narradores que, dicho sea, se quitaban la palabra de la boca, pasaran por alto a los reyes Fruela y a Aurelio, y no hablaran de Silo, porque demasiado sabían de él: lo bueno que hizo —pues que bien estuvo y bien que les vino a los habitantes que el dicho construyera en aquel lugar su palacio y estableciera en Pravia la Corte, pues con ella llegaron muchas gentes y la población prosperó— y lo malo: que el citado monarca no luchara contra los sarracenos, porque, a decir de dueñas, su madre era mora y él tenía alianza con sus parientes, con los musulmanes, aunque, como cristiano que era, debería haberlo hecho para arrojar a los invasores, cuanto antes, del solar de los godos. Claro que, como no hay bien que por mal no venga, los asturianos no fueron a la guerra con él y pudieron dedicarse a cultivar sus campos, a sacar fruto de los mismos y, de consecuente, a llenar sus despensas, porque la paz es buena para todos.

Cuando los narradores llegaron al rey Mauregato, el causante de todas sus desdichas, los hombres ya levantaban la voz, ya alzaban sus hachas y sus cayados, ya hombres y mujeres formaban un pelotón para llegar a la tumba del susodicho y profanarla, pues que no merecía otra cosa en razón de que cada un año, desde que accediera al trono, había entregado a los musulmanes un tributo de cien doncellas, para que, a cambio de paz, las convirtieran en esclavas y se las beneficiaran. En el invierno anterior: diez de la población de Pravia, entre ellas Adosinda que seguía

durmiendo y que, a decir de los agoreros, quizá no despertara jamás.

E hicieron lo que arriba se relató: entrar en el palacio alborotando, asaltar la iglesia, gritar, escupir y mear sobre la tumba del rey, insultar al sacristán y salir calmados porque habían descargado la ira que guardaban en sus corazones desde que los soldados del monarca se llevaran a sus hijas para entregarlas a los enemigos de Dios y de los asturianos. Y volvieron al caserío apriesa por ver si Adosinda se había despertado, pero, quia, que hubieron de esperar al día siguiente. A que se levantara de la cama, se aseara, se vistiese con unas ropas que le llevaron, terminara de desayunar, preguntase por la suerte de su progenitora y escuchara de labios de la viuda Odulona que su buena madre, desde que le quitaran a su hija, es decir, a ella, se había sumido en la desesperación y muerto en un llanto, pues que no quiso comer ni beber, aunque, eso sí, derramó miles de lágrimas.

No contuvo sus sollozos la moza al enterarse de tan infausta noticia y, cuando pudo hablar, dijo de ir a visitar la tumba de su progenitora, a la sazón situada también en la iglesia de Santianes, donde se enterraba a los vecinos de Pravia, cierto que, a unos en preciosas tumbas y a otros bajo el suelo de madera. La acompañaron muchas mujeres, mujeres solas, pues que los hombres se quedaron en la población creyendo que en palacio, tras lo hecho, los guardias les negarían la entrada, y eso, que mejor fueran las féminas en son de paz. La viuda Odulona fue llevando una cruz y como todas las demás cantando el *Benedicimus Te*.

Las mujeres honradas de Pravia se asombraron, mientras caminaban, del gracejo de Adosinda, de con qué gracia recogía flores, las flores más hermosas que había a lo largo de la vereda que, como había dejado de llover y había salido el sol, lucían más bellas que nunca, o tal les pareció, e ítem más del bello manojo que juntó para, siguiendo a la viuda que la llevaba del brazo actuando como si fuese su

mentora, arrodillarse ante la tumba de su buena madre, recogerse en sí misma y con fervor rezar una oración, y luego depositar el ramo de flores y alzarse. Pero fue que, en vez de salir de la iglesia, se encaminó al sepulcro del rey Mauregato e hizo otro tanto. Se arrodilló y rezó y hasta dejó sobre el túmulo una florecilla o una hierba o un hierbajo, lo que fuere, que llevaba guardada en la mano, dejando pasmadas a todas las presentes y a los que estaban ausentes cuando fueron enterados del proceder de la moza.

Hecho lo hecho, Adosinda, ante la insistencia de sus vecinas, comenzó a relatar su desgracia en el pequeño atrio de la iglesia. Fue parca en palabras, quizá porque la amargura que llevaba en su corazón no le permitía hablar o porque no quería recordar su agonía, y se limitó a contar, a enumerar, dicho en sentido estricto, que los soldados del rey Mauregato, junto a las otras doncellas de Pravia, la habían entregado a un capitán musulmán que había ordenado a sus soldados les pusieran una soga al cuello y las ataran unas con otras, para que no pudieran escaparse y, sin darles de comer ni de beber, ni apiadarse de sus llantos, la compañía se había echado al camino, pero que aún no habían andado una hora que se alejaron de la vereda, se adentraron en un bosque, les quitaron el dogal y las violaron a todas sin hacer caso a sus gritos ni a sus súplicas. A ella tres hombres, uno detrás de otro, le perforaron las entrañas, ay.

—¡Ay! —suspiró la moza.

—¡Ay, ay! —suspiraron las vecinas, mientras se mesaban los cabellos.

Y nada más contó, salvo que a los pocos días de caminar hacia el sur, cuando los musulmanes ordenaron a las doncellas, que ya no lo eran, que se lavaran en un río, ella se negó a entrar en la corriente alegando que le había venido la «enfermedad», suplicando que no la obligaran a mojarse siquiera los pies, pues que era muerte segura. Pero no la entendieron, claro, porque hablaban otra lengua y por-

que, por ser hombres, jamás habían sufrido aquella molestia que se repite a cada lunación. No la comprendieron cuando cogió una piedra con punta, se hizo sangre en la mano y se señaló sus partes de mujer. Es más, entendieron lo que quisieron: que le había gustado lo del yacer y pedía más, y nada les extrañó pues que las trataban peor que a las putas sabidas.

Así las cosas, fue el propio capitán el que se apeó del caballo dispuesto a satisfacer sus deseos y la tomó del brazo de malas maneras, la llevó a empellones hacia unos árboles, la arrojó al suelo, se bajó él sus calzones, le subió la saya a ella y, al encontrarla llena de sangre, retrocedió espantado, como si lo de la «enfermedad» de las mujeres no fuera natural, como si en vez de sangre, cierto que mala sangre, se hubiera encontrado con una sierpe u otro mal bicho. El caso es que, subiéndose los calzones, pidió una cuerda. Se la llevaron sus soldados, la tomó y dejó a la moza atada a un árbol y fue que, al partir, se olvidó de ella o quiso dejarla allí a merced de las alimañas, ofendido u ofuscado, pues que, al querer perpetrar un delito, se había encontrado con una mujer en estado «impuro».

Para finalizar dijo que, tras mucho forcejear y encomendarse a los Santos Juanes de la iglesia de Pravia, había conseguido librarse de las ligaduras y echarse a correr, pero que se había perdido y vagado por montes y valles, alimentándose de hierbas y de nueces, llegando a creer que la desgracia la perseguía y que estaba condenada a morir, pues que, aparte de las piadas de los pájaros, oía los aullidos de los lobos y los bramidos, los gruñidos, de los osos, la voz que hicieren, en fin. Hasta que un día al bajar a un valle —los Santos lo quisieron— le pareció reconocer las verduras de los prados del palacio del rey Silo y echó a correr para encontrarse con su casa y sus buenos vecinos. Para terminar, aseguró que no sabía palabra de la suerte de sus compañeras y, para colofón que, como buena cristiana que era y más quería serlo, había perdonado a sus violado-

res y al rey Mauregato, el principal causante de su desdicha, pues que en sus siete meses de soledades había tenido tiempo para odiar, pero también para perdonar.

Las oyentes lloraron a lágrima viva. A todas les hubiera gustado que hubiera relatado su agonía a la menuda, especialmente a las mujeres que amaban lo escabroso, que las había; lo que sintió cuando los moros le introducían sus miembros en sus partes y otras monstruosidades, pero no soltó prenda y hubieron de imaginarlo.

Adosinda estuvo unos días en casa de la viuda, muy regalada, pues una vecina le llevaba una escudilla con caldo de recién parida, otra un potaje de berzas con salmón, otra de fabes con trucha; y, en otro orden de cosas, recibió un jubón de ranzal, una saya de tela adamascada y una capa de lana. Luego se fue a la suya y se la encontró tal cual la dejara pues las vecinas, tras velar el cadáver de su madre, hasta habían hecho la cama de la difunta. No obstante, dio un limpión, se instaló y lloró otra vez pues que le venían a la mente demasiados recuerdos.

Al décimo día de la estancia de Adosinda en su morada, cuando las habitaciones ya relucían y había oreado las mantas, y tirado al río Nalón la harina y las legumbres agusanadas, el sacristán de la iglesia de Santianes, que ya había limpiado la suciedad que habían dejado los vecinos y era hombre sin rencor, se presentó en la calle Mayor y voceó que en el templo había sucedido un milagro. Las mujeres, que habían ocupado buena parte de su tiempo buscando un posible marido a la moza, un joven o un viudo, y habían manejado algunos nombres, acudieron prestas a enterarse de la noticia. Otro tanto que los hombres que, recogidas las cosechas, se habían dedicado en la taberna, ante un vaso de vino, a imaginar el recorrido que había seguido la chiquilla tratando de ubicar el lugar dónde se había perdido, y se presentaron también.

Y todos, incluida la moza, escucharon de boca del sacristán que, Dios de los Cielos, sobre la tumba de la madre

de Adosinda, amén de no haberse marchitado el ramo que dejara, habían crecido hermosas violetas pese a que no era tiempo de tales flores pues mediaba septiembre, y estaba por completo cubierta... Y, otra cosa, sobre la del Mauregato, ortigas, cubriéndola también.

Hombres y mujeres, al conocer tales prodigios, se santiguaron y muchos de ellos besaron las manos de Adosinda y algunos hasta quisieron besarle los pies, antes incluso de presentarse en la iglesia para ver los portentos con sus ojos, pues que allá fueron todos, excepto la moza que no quiso ir y lo que comentaron algunas madres entre ellas, por esas cosas que hacen las chiquillas.

Y sí, sí, los habitantes de Pravia contemplaron el ramo de flores y las violetas de Adosinda, ¿de quién si no?, y las ortigas de la misma, ¿de quién si no? Y se admiraron del portento y tuvieron por buen augurio lo de las flores y, por malo, lo de la planta urticante.

En ese mismo momento, visto el prodigio acaecido en una iglesia asaz oscura, comenzó la fama de Adosinda que, a poco, se convirtió en la Santa Niña de Santianes, pues que se supo de ella por las tierras comarcanas y le fueron gentes. A besarle las manos y los pies, a tocarla, a querer comprarle un retalico de su saya; a que les impusiera las manos, a que los bendijera y sobre todo a pedirle que rezara por padres, maridos o hijos muertos o por personas enfermas, y hasta pretendían que fuera con ellos incluso a lugares lejanos, a espantar almas en pena. Y siempre llevándole muy buenos regalos.

Ella que, en su huida de los moros y el recorrido de vuelta a casa, había desechado por completo la idea de casarse con un buen mozo, tener muchos hijos, formar una familia y ser feliz dentro de lo que se puede ser feliz en este mundo, tanto por lo que había sufrido al ser violentada, como porque era consciente de que ningún hombre la querría como esposa después de lo acontecido, aquello de que le fueran las gentes a pedir que rezara por sus parien-

tes, ya fueran antecesores o sucesores —pues que le iban muchas mujeres encinta— y la regalaran y la consideraran y hasta que la tuvieran por bendita de los Santos Juanes y luego la llamaran «Santa», le vino bien. En razón de que de algún modo había de ganarse la vida, amén de que no le supuso esfuerzo alguno, pues, desde que se la llevaron de Pravia, no había hecho otra cosa que pedir al Bautista y al Evangelista que la salvaran de los sarracenos, cosa que hicieron. Y continuó con ello, con las oraciones y, cuando la reina Adosinda regresó al convento y, enterada del negocio de su homónima, la llamó para que le narrara su prendimiento y liberación, las dos rezaron juntas, pues lo que se dijeron que había muchas cosas por las que dar gracias a Dios y a los Santos Juanes.

Á. de I.

Débora

Morvedre (Valencia)

Año 4591 de la Creación. Año vulgar de 830

La nave se balanceaba de un lado para otro y, a excepción de los marineros que la tripulaban, eran pocos los pasajeros que no se habían mareado; los había acurrucados en un rincón de la cubierta que no se habían movido de allí durante toda la travesía y otros, tumbados, que rodaban sobre las planchas cuando el oleaje era fuerte. Débora, sin embargo, no sólo no se había sentido indispuesta, sino que hubiese deseado que el viaje durase el resto de su vida. Allí, en un cascarón de madera, impulsado por el viento y a merced de las olas, compartiendo venturas y desventuras con un buen número de hombres, mujeres y niños, comiendo un cuenco de arroz al día y con derecho a otro de agua, se sentía tan abatida que no le hubiese importado que la mar engullera el barco y acabase de una vez por todas con su triste existencia.

Era esclava desde siempre o, al menos, no recordaba haber sido libre alguna vez, pues, hasta donde su memoria alcanzaba, había pasado de amo en amo su niñez y su juventud. En ocasiones le venía a la mente la imagen de una mujer risueña que la cogía de la mano, pero no podría decir si se trataba de su madre o de otra persona porque la imagen era borrosa y ni siquiera recordaba un nombre al

cual aferrarse, más que nada para no sentirse tan sola, para saberse parte de una familia, de algo. Sólo tenía un nombre, acompañado de un añadido: «judía». Durante mucho tiempo no supo lo que significaba; luego, un buen día, tuvo su primera sangre y se echó a llorar creyendo que se moría, o que algo muy grave le ocurría. Lea, una mujer ya entrada en años encargada de las esclavas más jóvenes, la llevó a un pequeño cobertizo y la hizo sentarse sobre un montón de hierba seca para que ésta absorbiese el flujo; le llevó comida y le hizo compañía durante varios días. Ella le explicó la causa de aquella sangre que tanto la había asustado, el cambio que se producía en su cuerpo en el momento de convertirse en mujer y, cuando dejó de sangrar, la acompañó de vuelta a la cabaña ocupada por las mujeres. Durante los siguientes siete días, comprobó que estaba limpia y, entonces, la llevó a la orilla del mar, la obligó a desnudarse y le instó a introducirse en el agua, a pesar del terror que le producía.

—Has de hacerlo —le dijo— porque el agua purifica el alma y todas las mujeres judías se lavan el cuerpo tras el menstuo.

—¿Tú también eres judía?

—Lo soy.

—¿Y también te metes en la mar?

—¡Ay, qué más quisiera!

Lea soltó una risa divertida y fue precisamente su hilaridad la que animó a la niña a introducirse en el agua y dejarse frotar por ella hasta que la mujer decidió que ya estaba limpia del todo. Era verano y hacía calor en Mazara, pero ¿cómo sería el baño durante el invierno? Prefirió no pensar en ello y esperar a que se presentase dicha situación. A partir de entonces, Débora siguió a la mujer a todas partes; se convirtió en su sombra pues ella era su referencia, la única que podía hablarle de la religión de sus padres, la única que, aunque de manera muy deficiente, le enseñaba lo que significaba ser judía. A veces pensaba que no valía la pena,